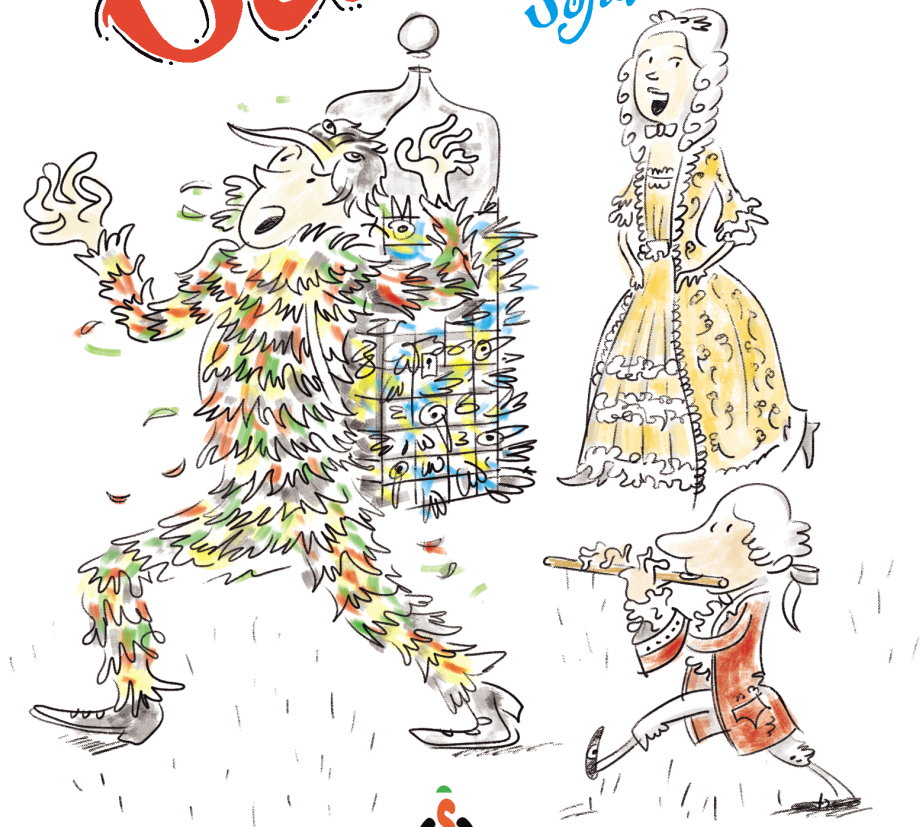


LOS HERMANOS MOZART

El Reino Secreto

Sofía Rhei



EL REINO SECRETO



LOS HERMANOS MOZART

Sofía Rhei

El Reino Secreto

Ilustraciones: Fadrique González



© del texto, Sofía Rhei
© ilustraciones, Fadrique González
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com



Diseño: Croke Estudio
Corrección: Estelle Talavera Baudet
Dirección editorial: María J. Gómez

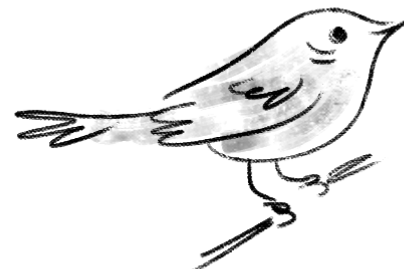
ISBN: 978-84-941615-8-2
Depósito Legal: M-15458-201
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2015
Impreso en España por
Estiló Estugraf impresores S.L.

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

A mis hermanos
S. R.:

A Beatriz y Olivia
F. G.

Capítulo I



27 de Septiembre, 1764

Padre se ha enfadado mucho conmigo. Y lo peor es que ni siquiera ha sido culpa mía.

¡A veces es imposible conseguir que Wolfgang se quede quieto! Y yo no puedo estar pendiente de él todo el rato, ya tengo bastante con estudiar mis propias lecciones. Concentrada en practicar para el próximo recital, tardé un buen rato en darme cuenta de que el violín de mi hermano no estaba produciendo una sola nota.

Salí corriendo a buscarle, esperando que nuestro padre no llegara a enterarse de que mi hermano había estado perdiendo el tiempo. Sabía perfectamente dónde iba a estar: en el jardín, escuchando a los pájaros. Pero no lo veía por ninguna parte.

—¡Wolfli! —susurré, tratando de llamar su atención sin que mi padre, que debía de estar en sus aposentos, se enterara.

No hubo respuesta.

A pesar de que aún es septiembre, el aire de Londres es húmedo y frío, y me froté los brazos para entrar en calor. Me iba a tocar recorrer el jardín entero hasta encontrarle.

Para quienes no le conozcan: una de las cosas que más le gusta a mi hermano en el mundo es esconderse. Se le da estupendamente bien. En cuestión de segundos, en cuanto entra en una habitación, localiza enseguida los mejores lugares en los que pasar desapercibido, y además tiene el talento de poder quedarse quieto durante muchísimo rato. Es algo que

normalmente le cuesta trabajo, pero si sabe que hay alguien buscándole, puede permanecer inmóvil durante horas.

Volví a llamarle, esta vez preocupada. Si nuestro padre descubriría que estábamos descuidando los ensayos...

—¡Ven aquí enseguida! —dije—. ¡Sé que me estás oyendo!

Miré a un lado y a otro, tratando de encontrar alguna pista que me permitiera localizar al travieso de mi hermano.

Y fue entonces cuando oí un silbido. Era demasiado melódico para proceder de un ave. Inmediatamente visualicé las notas en mi cabeza:



¡Tenía que ser Wolfli! Caminé hacia el lugar de donde procedía el sonido y, mientras me acercaba, lo volví a escuchar.

Llegué a una esquina del jardín que estaba cubierta de una espesa vegetación. Al parecer, hacía mucho tiempo que el jardinero no se aventuraba por aquellos parajes.

A Wolfgang no se le veía por ninguna parte. Observé atentamente los matorrales y los troncos de los árboles, buscando los lazos de sus zapatos.

—¡Te vas a congelar! —le reñí, sabiendo perfectamente que podía oírme—. Recuerda lo enfermo que ha estado padre.

Como empieces tú también con la gripe nos vamos a ver en un buen apuro...

Como única respuesta, de alguna parte salió otra vez el dichoso silbidito.

Respiré hondo. Sabía por experiencia que con mi hermano no servían de nada las regañinas ni las amenazas.

—Anda, Wolfli, hazlo por mí... Vamos adentro. Quizá padre aún no se haya dado cuenta...

Y me interrumpió un nuevo silbido. Cerré los ojos y moví la cabeza de un lado a otro, para escuchar atentamente y así poder detectar de dónde venía el sonido. Entonces me asusté.

¡Llegaba de lo alto de los árboles!

Miré hacia arriba, examiné bien las copas de los frondosos árboles, y encontré a mi hermano pequeño acurrucado en una de las ramas. No llevaba más que una camisa y estaba temblando. Tenía los labios azules del frío que sin duda estaba sufriendo, pero no dejaba de silbar aquella melodía de cuatro notas.

Me llevé la mano al corazón, asustada.

—¿Pero cómo has subido hasta ahí arriba?

Mi hermano, con los ojos cerrados, ni siquiera contestó. Estaba abstraído en su música. El inicio de cuatro notas se estaba convirtiendo en una melodía más larga. Cuando empezaba a componer era muy difícil sacarle de su trance, pero yo tenía que bajarle de allí; entre otras cosas, porque su salud estaba en peligro.

Dudé un momento. ¿Debería llamar a mi padre o pedir ayuda? Entonces vi que Wolfgang se tambaleaba peligrosamente en su rama, que estaba altísima. No iba a tener tiempo de avisar a nadie.

Me arremangué la falda. Estaba tan preocupada que se me había pasado hasta el frío, y empecé a trepar por el tronco, supongo que igual que lo había hecho mi hermano.

Aún no había alcanzado la primera rama cuando sentí que se me desprendía uno de los lazos del zapato. Después tendría que coserlo, y lavar y almidonar la falda, perdiendo tiempo de sueño.

—¡Wolfli! —le grité, tratando de hacerle reaccionar. Pero mi hermano ni siquiera me miró.

Conseguí llegar a la siguiente rama. Un poco más y podría coger en mis brazos al pequeño... que ya no era tan pequeño. Estaba a punto de cumplir nueve años, pero a veces se comportaba como si tuviera tres.

Esto sí que le preocupaba a mi padre. Wolfgang tenía un talento excepcional, mucho mayor que el suyo propio o que el mío. Había depositado en él todas sus esperanzas. Y aunque Wolfgang respondía con creces a todas las expectativas respecto a la música, en la que se movía como un pez en el agua, fuera de la música... a veces parecía no saber cómo comportarse. La vida real era complicada para él.

No sabía abrocharse las hebillas de los zapatos. Le costaba un tremendo esfuerzo cortar la comida en pedazos. No comprendía las reacciones y emociones de la gente y, a menudo, yo tenía que explicarle qué era lo que estaba sucediendo.

A veces sonreía cuando había que mostrarse serio, y también se producía con frecuencia la situación contraria.

Haciendo un último esfuerzo, llegué hasta la rama en la que estaba mi hermano y le agarré fuertemente del brazo. Él dio un respingo.

—¡Nannerl! ¿Qué haces aquí?

—Wolfli, te llevo llamando un buen rato —le dije sonriendo, para no asustarle—. Ahora tenemos que bajar, ¿de acuerdo? Padre nos debe de estar buscando.

Él frunció el ceño.

—Estaba escuchando a los pájaros. Ellos conocen todas las melodías, ¿sabes? Y Zilpzalp también, aunque no pueda cantarlas.

Miré a mi hermano con perplejidad.

—¿Quién es Zilpzalp?

—Ese —respondió él, señalando un pajarillo que se había posado en una rama cercana.

Me fijé en un ave que estaba inmóvil, muy cerca de mi hermano. Parecía no tener ningún miedo de los humanos, ya que no hizo el menor ademán de huir de nosotros. Y Wolfli tenía razón en eso de que no cantaba, porque permaneció en silencio durante todo el rato. Había algo un poco extraño en ese pajarillo que no temía a las personas.

—Podemos volver a escucharlos mañana. Los pájaros y todas sus melodías seguirán estando aquí. Pero ahora tenemos que bajar de este árbol con mucho cuidado, ¿de acuerdo?

—No sé bajar —se quejó—. Ni siquiera sé cómo he subido. ¡Y tengo mucho frío!

—No te preocupes, estoy aquí para ayudarte. Solo tienes que hacer lo que yo te vaya diciendo.

Mi hermano asintió, algo aturdido, y siguió mis instrucciones. Yo le iba indicando dónde colocar cada vez los pies y las manos. Seguramente tardamos pocos minutos en descender, pero yo tenía tanto miedo de que Wolfli se cayera que se me hizo larguísimo.

Cuando por fin llegamos al suelo, respiré hondo, dejando salir todo el aire de mis pulmones. Wolfli me miró con esos ojos enormes que tiene. Yo no sabía si darle un coscorrón o un abrazo. Menudo susto me había dado. Pero no se puede estar enfadada con mi hermano durante más de unos segundos; así que le di un abrazo tan fuerte que casi lo ahogo.

Volvimos a entrar en la casa. Yo estaba cruzando los dedos para que padre estuviera dormido, o distraído, y no se hubiera dado cuenta de que ninguno de los claves estaba sonando.

Pero me equivocaba.

Al lado de los claves nos estaba esperando Leopold Mozart, nuestro padre, con cara de pocos amigos.

—¿Dónde te has llevado a tu hermano? —me reprendió—. ¿Y por qué tenéis la ropa hecha un desastre?

Abrí la boca para explicar lo que había sucedido, pero me hizo callar con un gesto severo..

—Ni una palabra. Estás castigada durante una semana. Tampoco irás al baile del embajador, y lavarás y coserás la ropa de los dos hasta que quede perfecta.

—Padre, por favor... ¡Llevo meses esperando el baile del embajador!

—Ya me has oído. Y no me repliques. Ahora, a practicar; ya habéis perdido demasiado tiempo.

Aún no había terminado la frase cuando mi hermano, sentado en el clave, empezó a tocar una melodía nueva. Me di cuenta de que estaba inspirada en el canto de los pájaros que habíamos oído en el jardín.

Siempre era emocionante ver cómo Wolfli creaba una melodía. Aquella música estaba naciendo exactamente en aquel momento, solo para nuestros oídos. Se trataba de algo que antes no existía, y que de alguna manera mágica mi hermano pequeño conseguía traer al mundo.

—¡Nannerl, deprisa! —dijo mi padre, tomando papel y pluma él mismo—. ¡Toma nota de todo lo que puedas!

Le obedecí rápidamente, y ambos nos pusimos a copiar los compases y giros que mi hermano iba tocando. Después trataríamos de completar la composición entera comparando las dos anotaciones.

Wolfli tiene una imaginación asombrosa, y resulta increíble comprobar cómo a partir de unas cuantas notas sueltas, ese sencillo trino de las aves, es capaz de ir desarrollando un tema entero, con su melodía principal, su contracanto, sus variaciones... Quizá la cancioncilla inicial se la hubieran regalado los pájaros, pero, desde luego, era él quien le estaba dando alas.

Por otra parte, me duele un poco darme cuenta de que padre nunca reacciona con el mismo entusiasmo cuando soy yo la que compone alguna pieza. No puedo evitarlo, me pone un poco triste.

Quizá yo nunca sea tan buena compositora como Wolfli, por mucho que lo intente, y me gustaría que fuera más fácil aceptar esta idea. Al principio, hasta hace pocos años, yo era la estrella, la niña prodigiosa, aquella a la que todos querían escuchar.

Ahora solo soy el segundo plato, el complemento a los talentos de mi hermano pequeño.

Sí. A veces tengo pensamientos que no me hacen sentir bien, y echo de menos esos momentos en los que yo era el centro de todo. Pero luego escucho la música de mi hermano, su alegría, su inventiva, y me dejo llevar por ella. Mi hermano es una personita mágica, y el ser al que más quiero en este mundo.





Nannerl Mozart tiene trece años, y es la hermana mayor del genial compositor Wolfgang Amadeus Mozart. Ambos recorren las cortes y palacios europeos junto con su padre.



Al pequeño Wolfgang le encanta jugar y hacer travesuras, como a cualquier niño de su edad, y lo que más le cuesta es entender el mundo de los adultos. Su hermana es quien mejor le conoce, y cuando siente que Wolffi va a explotar con tantas responsabilidades y obligaciones crea un mundo fantástico para él: el reino mágico de Rücken.



Sofía Rhei, basándose en los diarios de Maria Anna Mozart, nos abre una ventana a la vida de los hermanos Mozart, entrelazando el complicado día a día de los dos músicos con la maravillosa fantasía de La Flauta Mágica. Será el lector quien decida en qué momentos la realidad supera la ficción y en cuáles es la ficción la que sirve de refugio para la vida cotidiana. Y será todo un reto, pues ni siquiera los propios protagonistas de esta historia pueden saberlo con total seguridad.



9 788494 161582